

## ¿reconstruir o abandonar?

ESTOS días de Semana Santa los he pasado con mi mujer por algunas de nuestras provincias románicas. Desde el triángulo palentino Alar del Rey-Agullar de Campoo-Cervera de Pisuerga (dentro del cual y alrededor del cual está acaso la más densa concentración románica del mundo) hemos bajado en diagonal hacia el Sur, salvando Burgos y sus tierras, hasta El Burgo de Osma y —dejando para mejor ocasión la capital soriana— hemos recorrido Uçero, San Esteban de Gormaz y Calatañazor. Es una suerte que, en este país —en el que tanta faena recopiladora de nuestras artes queda por hacer—, uno pueda contar para andaduras como éstas con libros excelentes como "El arte románico en la provincia de Palencia," de González Guinea, y "El Románico en la provincia de Soriana", de Gaya Nuño. Nunca sabremos agradecer bastante a hombres como Guinea y Gaya el patriotismo nada espectacular de sus tareas clasificadoras y recopiladoras que —por lo menos en el caso de Gaya, que es el que conozco— no excluye otras de mucho mayor alcance crítico en todos los terrenos de las artes. Pero voy a otra cosa.

Por fuerza hay que transigir con el tópico literario de "la España recóndita". Hay tal cantidad de vida primordial rodeando a esas arquitecturas primordiales —donde el paisaje parece haber nacido para albergar a esas arquitecturas, donde las arquitecturas tienen en sí mismas los líquenes del paisaje, donde los hombres son mitad paisaje y mitad arquitectura— que uno tiene que dejar de lado todas sus reservas contra las fáciles evocaciones. ¿Qué es lo que habrá cambiado, por ejemplo, en Vallespinoso o en el Barrio de Santa María o en Moarves, desde los tiempos en que su iglesia empezó a ser edificada? Cuando se llega a esos lugares, los niños empiezan a llamarse para presenciar el espectáculo de esos seres extraños —nosotros— que están contemplando cada uno de los canchillos de su óbside. Y hoy que ir hasta la cantina del lugar para, con el pretexto de una copa de vino, despejarle a los ciento cincuenta habitantes, representados en la tabernera, la incógnita de nuestra identidad: No, no señora, no somos extranjeros; somos españoles que queremos ver las iglesias de esta comarca...

Alguna vez nos hemos encontrado con que un antiguo monasterio —como Santa Cruz de Ribas o Santa Eufemia de Cozuelos— es hoy propiedad particular, incluida dentro de una finca de labor donde ella es como una joya lateral y suntuaria. Tuvieron suerte en este caso. Los propietarios de Santa Eufemia de Cozuelos han preservado a su monumento, con verdadero amor, contra los avatares del tiempo y las depredaciones de los hombres. En cambio, Santa María la Real, de Agullar de Campoo —joya verdaderamente pródica del románico de plenitud—, ha tenido que contentarse con su destino triste de "monumento nacional", es decir, de monumento abandonado. Es triste verle su claustro ya vencido por la pesadumbre de los siglos, con las piedras caídas arrinconadas en escombreras informes, con los verbajos y los arbustos minúndole pacientemente juncuras y cimientos...

Me pregunto: ¿qué se debe hacer en estos casos, restaurar o dejar que el tiempo acabe su labor destructora? Si la pregunta se la hubiésemos formulado a Le Corbusier, su respuesta hubiese sido inequívoca: Dejar que el tiempo acabe su labor de destrucción, que en definitiva es una labor de creación. Esa es una respuesta que suscribirían hoy muchos de nuestros más jóvenes arquitectos. Y si, en efecto, nos damos cuenta de lo que ha significado como trabajo desvirtuado una restauración como la de San Martín de Frómista, casi llegaríamos a estar de acuerdo con Le Corbusier. Y, sin embargo, allí mismo, en la provincia de Palencia, he visto en el monasterio cisterciense de San Andrés de Arroyo lo que puede ser una reconstrucción inteligentemente dirigida, con un claustro devuelto a su esplendor primero gracias, precisamente, a Bellas Artes. Es que en San Andrés de Arroyo no se ha tratado tanto de reconstruir como de suprimir desvirtuaciones posteriores.

Yo pienso que entre la reconstrucción —que en definitiva es reedificación atendida a adivinaciones— y el abandono, existe una posición intermedia. Se puede y se debe fijar lo que queda de un monumento, sin añadirle nada de lo que se piensa que tuvo pero procurando que no pierda ya más de lo que le queda. Si se limpiara y se afirmara lo que queda de Santa María la Real de Agullar de Campoo, nos quedaría allí un monumento todavía magnífico, susceptible de convertirse en un pequeño museo de la arqueología medieval de la provincia.

Mantener nuestra riqueza monumental no significa adoptar una actitud elegiaca o remembrante. No estoy pensando en nuestro consabido turismo cuando escribo estas palabras; creo que ya es hora de olvidarse de la malhadada idea del turismo cada vez que pensamos que tenemos que poner en uso a nuestro patrimonio. Hay que mantener a nuestros monumentos porque tenemos que mantener viva nuestra historia, pero no por un impulso restaurador del pasado, sino, al contrario, porque tenemos que edificar nuestro porvenir. Y no es posible edificar un futuro si no se tiene conciencia histórica, porque el primero que hace falta para pensar y proyectar el porvenir es tener memoria.

JOSE MARIA MORENO GALVAN

Prix Formentor 64

# LOS ENANOS GIGANTES



de Gisela Elsner (alemana, 28 años)

Gisela Elsner es una humorista de lo monstruoso. Los Enanos Gigantes son diabólicos figurones representativos de una cierta forma vulgar de vida alemana.

Prix International Formentor, 13 ediciones simultáneas: alemana, española, francesa, inglesa, norteamericana, canadiense, danesa, sueca, noruega, holandesa, italiana, portuguesa y finlandesa.



Novedad Seix Barral